



Año 1 No. 2  
Bucaramanga  
Diciembre de 1999

## ÉXODO, VIOLENCIA Y PROYECTOS DE VIDA

Doris Lamus Canavate

Desde la Universidad Nacional de Colombia y con apoyo de COLCIENCIAS, se desarrolló la investigación que titula esta reseña, a partir de la propuesta presentada por Nora Segura y Donny Meerten, en septiembre de 1997, a la Convocatoria del Programa de Ciencias Sociales y Humanidades, "Hacia la Construcción de la Paz y la Superación de la violencia". El proyecto planteó la necesidad de desarrollar un estudio profundo que diera cuenta de la diversidad como característica de la población desplazada; en particular, de las de género, edad y tipos de familia a que pertenecen, al tiempo que enfatizaba en el desplazamiento como un proceso de transición, del cual interesaba destacar la última etapa que las investigadoras denominaron la de reconstrucción de proyectos de vida y en la que no se detienen otros estudios sobre el problema.

¿Cuáles son las condiciones y los tiempos necesarios para superar la condición de desplazados y reconstruir la vida cotidiana?; ¿cómo inciden en ese proceso de transición las condiciones personales, de género y edad, las estructuras familiares, las experiencias vividas antes del desplazamiento y los niveles de estructuración social de los contextos urbanos receptores?. Frente a estas preguntas se formularon varios objetivos, entre los cuales se destacan los siguientes:

- Determinar el "capital de base" o "equipaje" postdesplazamiento con que cuentan los desplazados, para iniciar la reconstrucción de sus vidas.
- Caracterizar el impacto y la resistencia-superación con respecto al trauma sufrido
- Caracterizar los proyectos de vida de hombres, mujeres y jóvenes.
- Comparar los rasgos de los procesos de transición-reconstrucción en tres ciudades de diferente tamaño y cercanía a zonas de conflicto.

El estudio se fundamentó en una estrategia de investigación que combina la entrevista en profundidad, como instrumento básico de recolección de información aplicada a 108 entrevistados entre hombres y mujeres y el grupo focal, para la información de jóvenes de ambos sexos, en las ciudades de Bogotá, Bucaramanga y Piedecuesta. Ambos instrumentos pertenecientes al acervo de los enfoques cualitativos de investigación social. Sin embargo, para la aplicación de la entrevista se diseñó un formato guía que permitiera, simultáneamente, la recolección de información cualitativa -relatos, percepciones- y cuantitativa, factual, susceptible de tratamiento estadístico, con fines comparativos.

Para su ejecución se conformó un equipo en Bogotá, liderado desde la Universidad Nacional, por la antropóloga Donny Meertens, Directora, y la socióloga Nora Segura Escobar, Codirectora, apoyadas por Soledad Niño, Lya Fuentes y Marcela Sánchez. El otro equipo, en Bucaramanga,

fue coordinado desde la Fundación Mujer y Futuro, por su Directora, Isabel Ortíz e integrado por Doris Lamus Canavate, Gladys Patricia Novoa, Christiane Lelièvre y Rocio Serrano. Los equipos ejecutaron la investigación durante 1998 - 1999.

El estudio precisa en sus conclusiones, entre otras cuestiones, las siguientes: Los hechos de violencia que causan la huida son los mismos de siempre: masacres, homicidios, hostigamientos, amenazas. En los últimos años surge una nueva amenaza: el peligro de reclutamiento de jóvenes de ambos sexos por parte de la guerrilla o los paramilitares. El estudio permitió confirmar la hipótesis de que en los últimos años, a partir de la generalización del conflicto, las familias rurales se desplazan cada vez más por razones de prevención. Ya no esperan hasta que la muerte llegue a su puerta.

En el trayecto del desplazamiento propiamente dicho, se destaca la importancia de las redes de parentesco y de vecindad. Las primeras ayudas suelen recibirse de parientes y la presencia de familiares en alguna ciudad determina generalmente el rumbo que toma la migración. Pero, al lado de los lazos familiares y su conocido papel en las estrategias de supervivencia, de manera más sorprendente, encontramos una significativa presencia institucional entre los recursos del entorno utilizados por los desplazados.

Lo que hemos llamado "la actitud de dependencia institucional", se presenta mucho más en los hombres que en las mujeres, lo cual encuentra su explicación en el manejo diferenciado de las esferas pública y privada, pues los hombres suelen dominar más la práctica de reclamar justicia al Estado, insistir en sus derechos y esperar los resultados, mientras que las mujeres, acosadas por las necesidades de la supervivencia, se impacientan con las promesas oficiales y movilizan las redes sociales propias, más cercanas al ámbito privado, en aras de algún oficio que les proporcione ingresos.

La última etapa del proceso de transición es la más dura. Al cabo de tres meses, cuando ya no hay más ayuda oficial y, a pesar de haber sobrevivido el primer choque contra el hambre, el ruido y la inseguridad de la ciudad, mujeres y hombres desplazados se encuentran con la falta de empleo y, en el caso de haber conseguido trabajo, con la precariedad e inestabilidad del puesto o del negocio. La situación crítica de desempleo se manifiesta dramáticamente en la curva del tiempo: si en los primeros tres meses el 82% de los desplazados está desempleado, al cabo de cinco años esta proporción apenas se ha reducido al 50%. A la crisis del trabajo se suma la falta de un lugar adecuado para vivir. La consecución de una vivienda propia, única garantía de un mínimo de estabilidad y autonomía en la vida cotidiana, se demora para la mayoría de los desplazados más de tres años. Los anteriores datos indican un ritmo de inserción urbano mucho más lento de lo que generalmente se asume como fundamento de las políticas oficiales.

Todo ha empeorado porque yo tenía suficiente capacidad económica; no rico, pero sí suficiente; yo sacaba mi carga de cacao y tres o cuatro bultos y tenía para todos mis gastos. Y tenía muy buenas amistades en la región y en el mismo pueblo y ahora, pues, amistades tengo, pero me falta lo mejor... poderme movilizar, porque económicamente estoy muy mal... (hombre).

La vida era mejor allá, porque ahora vivo amargada y no tengo ni comida para darles a mis hijos.

Aquí vivimos más tranquilos, por lo menos podemos tener la puerta abierta (mujer).

Ahora estamos acosados en un rancho y antes vivíamos abiertos en el campo (hombre).

¿Proyectos?. Yo, ninguno, ver a mis hijos crecer (mujer).

Mi proyecto es terminar mis estudios de bachillerato y hacer otro curso de primeros auxilios (mujer adolescente).

Ser desplazado es una condición llena de contradicciones. Obliga a inventarse diariamente la supervivencia y para ello se requiere una buena dosis de creatividad. Muchos desplazados tuvieron que rehacer sus modestas propiedades y reconstruir los lazos sociales. Otros, sobre todo mujeres, incursionaron en actividades y espacios sociales nuevos, y en tales casos, es mejor hablar de construcción en vez de reconstrucción de proyectos de vida.

Pero este proceso no corre paralelo con la superación de la condición de desplazado. Sentirse desplazado es un sentimiento difícil de erradicar; se mantiene a través de los años pese a la disminución del estigma y el rechazo de la sociedad. La razón de esa percepción persistente del desarraigo, es un profundo sentimiento de nostalgia imborrable. Quizá radica aquí la diferencia entre el migrante por razones económicas y el desplazado: el último no elige el destierro y su nostalgia es la de aquel viajero que sabe que no hay retorno.

El género, la edad y las condiciones del entorno en cada una de las ciudades estudiadas han marcado diferentes pautas en estos procesos objetivos y subjetivos. La juventud tiene sus ventajas y desventajas en un país en guerra. En los procesos de adaptación a nuevos medios tienen todo a su favor. Los adolescentes y jóvenes, más los hombres que las mujeres, constituyen una categoría de alto riesgo en medio de la violencia, puesto que son ellos sus víctimas predilectas. El género es un factor diferenciador a lo largo del proceso de desplazamiento, pero los mismos esquemas tradicionales que restringen los espacios de las mujeres a los recintos de lo doméstico, de lo privado, se convierten en un acervo positivo frente a los desafíos de la vida urbana. Las mujeres desplazadas son más recursivas y pueden apoyarse en su larga experiencia de trabajo doméstico, ahora un recurso para la subsistencia. Construyen, con más habilidad y menos prevención que los hombres, un nuevo entorno social de reciprocidad y solidaridad en sus relaciones cercanas.

En síntesis, entre más pequeña es la ciudad y más cercanía existe con las zonas de conflicto, menor posibilidad de anonimato, mayor estigmatización, mayor desconfianza política; pero también mayor probabilidad de redes sociales de apoyo de alta densidad, estrategias de supervivencia que utilizan todo el potencial de la familia extensa, señales de solidaridad entre desplazados y población local y, por ende, más posibilidades de adaptación al medio urbano.